

NUNCA SERÉ TU HÉROE

MARÍA MENÉNDEZ-PONTE





GRAN
ANGULAR

Nunca seré tu héroe

MARÍA MENÉNDEZ-PONTE



Primera edición: octubre de 1998
Vigésima segunda edición: mayo de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Marta Mesa

Edición revisada y actualizada en 2015

© María Menéndez-Ponte, 1998

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9345-7

Depósito legal: M-4787-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi hijo Álvaro,
que me ayudó a dar vida
a los personajes de la novela.*

Andrés, estudia. ¡¡Andrés, estudia!! Andrés-estudia. Andresestudia... Andrés Estudia. Me llamo Andrés y me apellido Estudia. Me tienen hartos, siempre con el mismo rollo. Mi madre, con tal de verme encima del libro y sin escuchar música, está contenta. Aunque esté pensando en las musarañas, es la leche. No entiende que yo pueda estudiar con música. Y no para de rayarme todo el día: que si tengo poca disciplina, que si no hago más que hablar por teléfono y enviar wasaps, que si no tuviera la carpeta llena de fotos de chicas me distraería menos. Más me distraigo en la clase de la Rambo. ¿Cómo voy a atender si delante tengo a Belén, que es la tía más buena de la clase? Pero como para contárselo a mi madre. Es capaz de ir al instituto y pedir que me encierren en una cápsula espacial. Y no digamos cuando empieza con el rollo de la responsabilidad, menuda plasta, macho. Si la llevo al Parlamento, acaba con todos los parlamentarios. Parece de la Gestapo: ¿dónde has estado?, ¿con qué amigos has salido?, ¿qué tomasteis?, ¿y estaba Dani? Siempre con segundas, claro. Porque a Dani lo tiene enfilado desde el día en que nos agarramos juntos un pedo monumental. Y piensa que, si voy con él, voy a beber. Está obsesionada. Menuda me armó el otro día porque estaba bebiendo una cerveza. Muda se quedó cuando se enteró de que era sin alcohol. Pero es que tiene la manía de acusar antes de preguntar nada. Y luego dice que estoy todo el día cabreado... ¡Si es ella la que me cabrea! José sí que tiene un chollo de padres. Hasta le han comprado una moto. Y eso que no pega ni chapa, está en cuarto de la ESO con diecisiete años... Además, le dejan ir a las discotecas hasta las tantas de la noche; y no le someten a un tercer grado ni se meten con su modo de vestir. Tío, tiene una chupa que mola mazo. Pero me compro yo una igual, y ya estoy oyendo los gritos de mi padre: que si parezco un punki, que si nos vestimos todos de uniforme, que si nos falta personalidad.

¿Acaso me meto yo con sus corbatas? Y eso que se pone cada hortera... Luego dice que conmigo es imposible el diálogo. Pero ¿cómo voy a dialogar si siempre está criticando a mis amigos? Y me fastidiaría un montón que diga que el *techno* no es música ni es nada. Y que si nos pasamos el día enchufados a los videojuegos. Y que si en su época esto y lo otro... Ostrás, si es que no le gusta nada de lo que hay hoy. No sé por qué se empeña en vivir en un tiempo que ya no existe. Y en que yo sea de otra manera... Hombre, es verdad que me esfuerzo poco, pero tampoco quiero ser un pringao como mi hermano: todo el día estudiando, se le van a salir los ojos de las órbitas. Claro que tiene sus ventajas, porque al que le toca arrimar el hombro siempre es a mí: «Ya que no estudias, por lo menos recoge la mesa...». ¡Es la leche! Y si mi hermano dice que un profesor es un capullo, le escuchan y hasta le dan la razón. En cambio a mí... Si cateo, la culpa la tengo yo: «Sus motivos habrá tenido el profesor para suspenderte...». No se fían un pelo de mí. Si me dan dinero para la papelería, enseguida me están reclamando la vuelta. ¡Ni que fuera un chorizo! El caso es que mi padre presume de enrollado. Dice que estudiemos lo que queramos. Pero si le insinúo que quiero ser cantante, ni te cuento. Y no te digo bailarín. Que todo tiene que ser dentro de sus esquemas. Y si le contesto... «¡Andrés, estás castigado!». Vamos, que, de todas todas, me pilla el toro. Claro que es peor que te quiten la novia. Y es que doy asco. Tengo más granos en la cara que una paella. Mi madre dice que es por el chocolate y la coca-cola y el chorizo y las hamburguesas. Pero no me voy a hacer vegetariano, tío. Cuando pienso que ha sido Jorge quien me ha quitado a Sara, me sube una rabia por todo el cuerpo... ¿Cómo ha podido Sara irse con ese pelota? «Don Gerardo, he traído este libro sobre los romanos...». Es de alucine lo pelota que es. En cambio, mis padres flipan con él, como va vestido de pijo... Les importa más la apariencia que la persona. Hombre, a veces son majetes. Y hasta tienen algún detalle. Como el día que saqué un sobresaliente en Química y apareció mi padre con unas entradas para ver el partido del Barça contra el Madrid. Si no me dieran tanto el coñazo con «Andrés, estudia»... Si eso ya lo sé yo, que tengo que estudiar. Pero no soy una máquina. ¿Cómo voy a ponerme a estudiar hoy si estoy hecho polvo? No puedo dejar de pensar en Sara y en ese Jorge de las narices...

—¡Andréees! ¿Quién ha dejado la merienda en la mesa?

¡Ya estamos! ¡Siempre igual! Mi madre acusándome. Me pone enfermo.

–¡Vamos a ver! ¿Por qué he tenido que ser yo? ¿Es que no puedes preguntar antes?

–No te pongas como un energúmeno, Andrés, te estoy preguntando.

–No. Has dicho: «¡Andréees! ¿Quién-ha-dejado-la-merienda-en-la-mesa?». Estás suponiendo que he sido yo, como siempre.

–No me grites, Andrés.

–¿Cómo quieres que no grite si me habéis convertido en sospechoso? Pues, para que te enteres, ha sido tu niñita la perfecta, yo no he merendado galletas. Pero, claro, a ella nunca la riñes, eres la leche.

–Mira, Andrés, a mí no me hables así. Soy tu madre y me debes respeto...

–¿Respeto? ¿Y quién me respeta a mí, si se puede saber? A ver, ¡quién!, ¿eh?

–Hijo, tranquilízate y, sobre todo, no grites. Te van a oír los vecinos.

–Eso es lo único que te importa, ¿verdad?, mantener las apariencias. Te gustaría un hijo como el descerebrado de Jorge, ¿no?

–Ay, hijo, contigo es imposible mantener un diálogo normal. No sé qué te pasa. De un tiempo a esta parte saltas por todo. Tienes la agresividad a flor de piel. Nos lo estás poniendo muy difícil. Tendremos que reconsiderar lo de mandarte a un internado.

–¡Genial! ¡Muerto el perro, se acabó la rabia! Muy bien, si eso es lo que queréis, me las piro.

–¡Andrés, vuelve ahora mismo! ¿Adónde vas a ir? Andréees...

Odio mi falta de frialdad, macho. En lugar de tomar yo las decisiones, ellas me toman a mí. A ver qué coño hago yo ahora sentado en este banco del parque a las ocho de la tarde. Mañana nos va a preguntar el de Historia y todavía no he empezado a estudiar... ¿Por qué no me dejarán en paz? Uno no es de piedra, y si te aprietan las tuercas constantemente, acabas saltando. Pero me fastidia un montón volver a casa. Si tuviera narices, me largaría. Claro que ¿adónde iba a ir?...

–¿Qué haces aquí?

–Tío, qué susto me has dado. ¿De dónde has salido?

–Iba de camino hacia casa, pero te he visto aquí sentado...

–Ya ves, he vuelto a tener otra bronca con mi madre.

—Qué mal rollo, ¿no? Siempre estáis igual. ¿Por qué no vienes a kárate conmigo? Descargas mogollón de tensión y haces un músculo que no veas. Precisamente ahora vengo de allí.

—Tú no conoces a mi madre, Dani. Dirá que eso me va a quitar tiempo de estudio, y que si quiero algo, me lo tengo que ganar, y que si... Oye, tío, ¿podría pasar esta noche en tu casa?

—Pero qué dices, chaval. Mi madre enseguida llamaría a la tuya para decírselo.

—Tienes razón. Pero no sabes lo humillante que es volver a casa como si no hubiera pasado nada. Tengo que aguantar la cara de ofendida de mi madre, las pullitas de mi hermana, la bronca de mi padre, que siempre me pone a mi hermano de modelo... Y hoy no estoy para aguantar chorradas. Tú sabes cómo estoy con lo de Sara, hecho polvo.

—Ese Jorge es un gilipollas. Lo ha hecho sólo para fastidiarte, para darte en las narices.

—Sí, tío, y lo que más me revienta es que ella haya entrado al trapo. ¡Claro, con la pasta que tiene, ya puede! Que si un regalito por aquí, que si una invitación por allá... Y luego esa ropa de niño pijo que lleva. Y esa cara de no haber roto un plato...

—Ya, hay gente a la que le va ese rollo, Andrés.

—No sé... Sara no era así. Podíamos pasar toda la tarde escuchando música o sentados en la plaza comiendo pipas y charlando de nuestras cosas.

—¡Deja ya de comerte el tarro, Andrés! A las tías no hay quien las entienda. Un día te dicen una cosa y al día siguiente hacen lo contrario. Además, van de duras porque creen que así ligan más. Tú hazme caso, pasa de ella.

—No sé, Dani, no sé qué voy a hacer, estoy totalmente colgado. Ha sido un palo tremendo. Estoy hecho polvo... ¿Por qué me habrá dejado?

—Venga, ánimo, mañana es viernes. Nos agarramos una moña y te olvidas de ella.

—Veremos si me dejan salir. Tal y como están las cosas...

—Que sí, tío, ahora te vas a casa y les sueltas a tus padres el rollo del arrepentimiento y de que piensas cambiar. Eso funciona siempre. ¡Venga, hasta mañana!

¡Qué fácil es la vida para Dani! Es un tío práctico, no como yo, que estoy todo el día comiéndome la olla. Pepito Grillo a mi lado,

un aprendiz de comecocos. Pero, por más que diga Dani, no puedo volver a casa y hacer el paripé ese del arrepentimiento. No sé fingir. Me iría mejor, seguro, me metería en menos líos: sí, mamá, lo que tú digas, mamá. ¿Quieres que vaya al supermercado?... Y, por detrás, hacer lo que me dé la gana. Pero soy incapaz. Prefiero plantar cara. A lo mejor, a veces me paso un poco, pero si mi madre no me provocara... Si es ella la que me hace saltar. Y lo que más me cabrea es que vaya de víctima por la vida: «¡Ay, Carlos, ya no puedo más, esto es un infierno!...». Siempre quejándose a mi padre. Pues que no provoqué. Y no creas que no he intentado controlarme un montón de veces, pero imposible, me caliento y luego ya no puedo dar marcha atrás. Siempre me gana la partida este maldito orgullo. Total, para acabar tragándomelo. Como ahora, que tengo que llamar al timbre porque ni me paré a coger las llaves. Y seguramente me abrirá la cotilla de mi hermana, no hace falta ser adivino para saberlo. Bueno, preparados, listos...

–¡Andrés, has vuelto! –dijo como si regresara después de haber luchado en alguna guerra durante varios años; será boba...

–¡Andrés, has vuelto! –repetí haciéndole burla. Y ella, en venganza, chilló para que se enterara todo el mundo.

–¡Mamá, Andrés ha vuelto! Te dije que vendría a la hora de la cena.

En momentos así la estrangularía.

–¡Chivata! –le solté con rabia. Y me encerré en mi habitación con la música a todo volumen: *The evil that men do lives on and on... The evil that men do lives on and on...*

–¿Qué haces?

–Oye, tía, ya te estás largando de aquí. ¿Es que no tienes nada que hacer?

–Toma, te he descargado el disco de Los Rodríguez ¿No decías que te gustaba mucho?

–¿De dónde lo has sacado?

–Le pedí a Felipe que lo buscara.

–¿Quién es Felipe?

–El hermano de Elena.

–¿Ese niñato que anda todo el día detrás de ti?

–Oye, Andrés, no te pases, ¿eh?, que yo no me meto con Sara.

–Bueno, ya da igual. Todo da igual, se acabó... ¡Qué asco!

–¿Qué ha pasado? ¿Ya no salís?

—Me ha dejado. No me extraña... Con este careto que tengo.

—Pues a Andrea le gustas. Está todo el día dándome la paliza. Quiere saber cuál es tu música favorita, qué haces, qué amigos tienes... Dice que eres muy guapo.

—Sí, pero es una enana.

—Oye, tú, no te pases, ¿eh?, que tenemos trece años. Y además, mira a papá, le lleva cinco años a mamá.

—Pero es distinto. Mamá ha crecido del todo. Y a Andrea y a ti todavía os faltan curvas, ya sabes...

—¡Eres un cerdo! Todo el día estás pensando en lo mismo.

—Ven aquí, Paulita, anda, no te enfades conmigo, que estoy fatal...

—¿Es por lo de Sara? ¿Por qué no hablas con ella? A lo mejor tiene arreglo.

—No. Está saliendo con Jorge.

—¿El pijín?

—El mismo. Dice Dani que las tías flipáis con los pijos.

—¡De eso nada! A mí ese tío me pone nerviosa. Nunca se le mueve ni un pelo de su sitio. Y es un chulo. A Soraya le hizo llorar un día...

—¡Niños, a cenaaar!

—... Corre, vamos, que nos llama mamá y no está de muy buen humor que digamos.

—Seguro que ya le habrá dicho a papá que estoy imposible, y papá me montará la bronca en la cena.

—Tú tranquilo, no te preocupes, que yo me encargo de distraerlo.

A veces estrangularía a mi hermanita y a veces me la comería a besos. La verdad es que es una tía legal, siempre sale en mi defensa. Si no fuera tan metomentodo y tan doña perfecta...